EL PERRO.

No es la corpulencia, ni la elegancia de la figura, ni la fuerza del cuerpo, ni el desembarazo en los movimientos, lo que constituye la nobleza propiamente dicha de un ser animado; cuando la sensibilidad es verdaderamente la que le dirige y vivifica, la que manda sus órganos, hace activos sus miembros, y da á la materia el movimiento progresivo, como la voluntad y la vida.

Depende pues esta perfeccion de la perfeccion de la sensibilidad; y cuanto mas estension tenga esta, mas facultades y recursos poseerá el animal; mas existencia, mas relaciones con el resto del universo. Cuando la sensibilidad es esquisita y delicada, cuando puede ser perfeccionada por la educacion, el animal se hace digno de entrar en la sociedad con el hombre, sabe contribuir á sus designios, velar por su seguridad, ayudarle, defenderle, halagarle, grangearse su afecto, y convertirle de tirano en protector.

El perro, prescindiendo de su belleza, de su figura, de su viveza, fuerza y agilidad, tiene por escelencia todas las cualidades interiores que pueden conciliarle la atencion del hombre. Una índole fogosa, colérica y aun feroz y sanguinaria hace al perro salvaje para todos los animales; pero el perro doméstico cede á unos afectos mas dulces: al placer de hacerse amar y al deseo de agradar, viene arrastrándose por el suelo á rendir á los piés de su amo su valor, fuerza y talento: espera sus órdenes para hacer uso de estos dotes, le consulta, le pregunta, le suplica; una mirada le basta para entender las señas de su voluntad. Sin tener como el hombre la luz del pensamiento, posee todo el fuego de la sensibilidad, y le escede en la fidelidad y en la constancia de sus afectos: no conoce mas ambicion ni deseo que el de agradar; ni otro temor que el de desagradar: todo es celo, todo ardor, todo obediencia. Mas sensible á la memoria de los beneficios que á la de los agravios, no le acobardan los malos tratamientos; los sufre, los olvida, y no se acuerda de ellos sino para ser mas sumiso; lejos de irritarse ó huir, se espone de suyo á nuevas pruebas, lame la mano, instrumento del dolor que acaba de padecer; no le opone mas resistencia que los quejidos, y en fin, la desarma con la paciencia y sumision.

Mas dócil que el hombre, mas manejable que ninguno de los animales, no solamente se instruye en poco tiempo, sino que se conforma, se acomoda á los movimientos, modales y costumbres de los que le mandan; toma el tono propio de la casa en que habita: es, así como los demás domésticos, desdeñoso en casa de los grandes, y grosero en los campos: siempre esmerado con su amo, y obsequioso solamente con sus amigos, no hace aprecio alguno de las personas indiferentes, y es enemigo de los mendigos que hacen profesion de importunar, los conoce en el vestido, en la voz, en los ademanes, y no los deja acercarse. Cuando le confian por la noche la guarda de la casa, se hace mas fiero y á veces feroz: vela, ronda, y siente de lejos á los estraños, y á poco que se detengan ó intenten violentar las puertas, se tira á ellos; y con continuos ladridos, esfuerzos y gritos coléricos, pone la gente en alarma, y al mismo tiempo que avisa, pelea: no menos furioso contra los hombres que se emplean en robar, que contra los animales carni-

ceros, se arroja á ellos, los hiere, los despedaza, les quita lo que intentan robar; pero contento con haber vencido, se tiende á descansar sobre los despojos, sin tocarlos, ni aun para satisfacer su apetito; y da á un mismo tiempo ejemplos de valor, de templanza y de fidelidad.

La mayor parte de los animales tienen mas agilidad, ligereza, fuerza y aun valor que el hombre. La naturaleza los ha dotado y armado mejor: tienen tambien mas perfectos los sentidos, y principalmente el olfato. El habernos grangeado una especie tan valiente como el perro, es haber adquirido nuevos sentidos y facultades que nos faltan. Las máquinas y los instrumentos que hemos inventado para perfeccionar nuestros sentidos y para aumentar su estension, no se acercan, ni aun en la utilidad, á estas máquinas tan acabadas que la naturaleza nos ofrece, y que supliendo la imperfeccion de nuestro olfato, nos ha suministrado medios grandes y eternos para vencer y reinar; el perro fiel al hombre, conservará siempre una porcion del imperio, un un grado de superioridad sobre los demás animales. Al frente de un ganado manda sobre sus individuos; reina él mismo, y se hace entender de ellos mejor que la voz del pastor: la seguridad, el órden y la disciplina son frutos de su vigilancia y actividad; es un pueblo que le está sometido, á quien conduce y protege, y contra el cual jamás usa de la fuerza sino para sostener en él la paz. Pero principalmente en la guerra contra los animales enemigos ó independientes, es donde mas brilla su valor y se despliega enteramente su inteligencia: sus talentos naturales se reunen aquí con las cualidades adquiridas. Luego que se percibe el ruido de las armas, cuando el sonido de la corneta ó la voz del cazador da la señal para la próxima batalla, el perro, encendido en nuevo ardor, manifiesta su alborozo con los mas vivos movimientos, anuncia con sus ademanes y ladridos la impaciencia de pelear y el deseo de vencer: marchando después en silencio, procura reconocer el terreno, descubrir y sorprender al enemigo en sus fortalezas: rastrea sus huellas, las sigue paso á paso, y con acentos diferentes indica el tiempo, la distancia, la especie y aun la edad del animal á quien persigue.

Se puede decir que el perro es el único animal cuya fidelidad es á toda prueba; el único que conoce siempre á su amo, y á los amigos de la casa; el único que cuando llega un desconocido sabe distinguirle; el único que entiende su propio nombre y reconoce la voz doméstica; el único que desconfia de sí mismo; el único que cuando ha perdido á su amo y no puede encontrarle, le llama con gemidos; el único que en un viaje largo que no haya hecho mas que una vez, se acuerda del camino y encuentra la vereda; el único, en fin, cuyos talentos naturales son evidentes, y su educacion siempre feliz.

El alano, el mastin y el galgo, aunque diferentes á primera vista, no son mas que un mismo perro: el alano es un mastin mas rehecho y corpulento; el galgo un mastin mas delgado: es decir, que entre un alano, un galgo y un mastin, solo hay la diferencia que distingue á un holandés de un francés, y á estos de un italiano: tambien existe la misma unidad entre el perro de ganado, el perro-lobo y el perro de la Siberia; como se reconoce entre el podenco, el braco ó perro de Bengala, el de aguas, el pachon, y aun el sabueso. El perro sabueso y el de lanas son oriundos de España y Berberia, donde el temple del clima hace que el pelo de todos los animales sea mas largo, mas sedoso y mas fino que en los demás países.

¡Con cuánto gusto nos detendriamos á hacer en este artículo la historia del perro en todas sus especies y procedencias, en todos sus hechos y facultades? Imposibilitados, por la estrechez de estas columnas, de entregarnos á tan bello trabajo, concluiremos con el siguiente trozo del ilustre conde de Buffon:

«Para ponerse el hombre en seguridad, y hacerse dueño del universo viviente, le fué preciso comenzar por formarse un partido entre los animales, conciliarse con dulzura y caricias á los que halló capaces de aficionársele y obedecer, para oponerlos contra los otros. Si el perro no hubiese existido, ¿cómo el hombre hubiera podido conquistar, domar y reducir á la esclavitud á los demás animales? ¿Cómo pudiera cazar y destruir las bestias salvajes y dañinas? El primer arte del hombre hubo de ser, pues, el de la educacion del perro; y el fruto de este arte es la conquista y pacífica posesion de toda la tierra.»

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Continuacion.)

MARÍA.

Después de largo coloquio al través de la puerta, resonó por el corredor un ruido de espuelas, y un caballero de alta estatura, cubierto con una capa de color oscuro, entró en la sala precedido de la vieja.

—Dios os guarde, mi patron, dijo levantando con gracia el ala de su ancho sombrero, adornado con una pluma negra y flotante.

—Entrad y sed bien venido, le contestó Guillermo.

El caballero se desembarazó de la capa y del sombrero, y entonces se pudo juzgar mejor de su traje y apostura. Parecia tener unos veintiocho años; sus facciones eran hermosas, pero estaban pálidas, y un tinte de melancolía se dibujaba en su ancha frente. Sus ojos, cargados por las veladas ó los cuidados de una preocupacion profunda, brillaban con el ardor de la fiebre: el resto del rostro, perfectamente afeitado, menos el bigote, que llevaba unido á las patillas, segun la moda de la corte, daba á su fisonomía un aspecto de severidad poco en armonía con sus años.

Su justillo de terciopelo, su gorguera *á la confusion*, sus calzones color de escarlata, y sus suaves botas de cuero leonado, provistas de enormes espuelas de oro, ofrecian en conjunto un atavío elegante, que participaba del brillante traje cortesano, y del mas modesto de simple caballero.

Acercose á la mesa con la mano izquierda apoyada en el puño de su tizona, y la derecha sobre el pecho, y saludó profundamente á la encantadora dueña de la casa, que le correspondió con una graciosa reverencia, para ocultar la emocion que no hubiera podido pasar desapercibida para ojos esperimentados.

—Con que, caballero, dijo maese Guillermo tan pronto como el recien llegado tomó asiento, ¿sabeis noticias? ¿Y la embajada de Morosini?

—Sí... y la negativa de Mayena.

—Ah! esclamó el primero sonriéndose sardónicamente. Os admira eso?

Un ligero rubor coloreó las pálidas mejillas del caballero; pero pasándose la mano por la frente, como para ahuyentar penosas ideas, dijo sin responder directamente á su interlocutor:

—Mis noticias son mejores que las vuestras.

—¡Bah! murmuró Guillermo con incredulidad.

Arrimando entonces su silla á la de este, añadió aquel con voz baja:

—Madama de Angulema está de vuelta: se encargó hace pocos dias de una mision secreta para el rey de Navarra...

—¡Para nuestro Enrique! esclamaron á un tiempo sus tres oyentes ¿Y qué?

—Que ha acogido favorablemente ese primer paso... Se han fijado treguas por un año, y no contento el príncipe, que en el fondo es bueno, á pesar de sus errores religiosos...

Guillermo arrugó el entrecejo.

—Acaba de publicar y dirigir á los estados un manifiesto sumamente instructivo. Lo he leido, y ¡vive Dios! todavia estoy conmovido. Llama á los franceses al olvido y á la union, declarando que en cuanto á él, está dispuesto á todo género de sacrificios para hacer feliz á ese pobre pueblo, víctima de nuestras divisiones...

—¿Y dónde está él?

—En Saumur, que se ha confiado á la custodia de Duplessis-Mornay: mañana, segun creo, pernoctará en Maillé, á dos leguas de aquí...

—Iremos, hija mia, iremos... .

—¡Alabado sea Dios! respondió la jóven; y encontrándose sus miradas con las del caballero, brilló entre ambos un relámpago de inteligencia.

El último repuso:

—Se me figura, patron, que podeis evitaros esa molestia, pues se trata de una entrevista, y...

—¡Viva! esclamó Guillermo con alegria. ¡Viva! Al fin respiramos un poco. ¡Hola, señora Marta! Aquí, aquí: una buena medida de vino con especias y muchos dulces, para que nos regocijemos, festejando al portador de tan felices nuevas. Ea, continuó alargando la mano al jóven, mientras que la doncella le presentaba un cubilete de plata, lleno de un rosado licor; á la salud del que dice y hace tan buenas cosas en beneficio de este pobre país; á la salud de nuestro rey.

—¿De cuál de ellos?

—De los dos, se apresuró á decir la jóven, dirigiendo al caballero y á su padre suplicantes miradas: olvido y perdon. Enrique lo ha dicho.

—¡A la paz! ¡A la union de todos los buenos franceses! esclamaron los dos, chocando sus cubiletes con el de la bella conciliadora, al paso que una sonrisa de buen humor dilataba sus fisonomías.

Prosiguieron después hablando durante algun tiempo de los dichosos acontecimientos del dia, y honrando los refrescos que les servia la señora Marta. Maese Guillermo, que creia deber dar ejemplo á su huésped, no tardó en empezar á sentir la benéfica influencia de sus patrióticas libaciones. Poco á poco fué languideciendo su conversacion, y cerráronse por último sus párpados: conviene añadir, que antes de que se durmiese del todo, la señora Marta, fuese por simpatía, ó por otro motivo, le habia imitado.

Los dos jóvenes se encontraron solos.

Guardaron al principio silencio, pero al fin lo rompió el caballero.

—¡María! dijo... Y esta sola palabra, pronunciada con apasionado

acento, llegó á los oidos de la jóven como un suave murmullo: se estremeció, y solo pudo responder:

—¡Caballero!...

—¡Cómo! ¿Ya no soy Renato para vos?... Los momentos son preciosos, María: escuchadme pues.

—¡Dios mio!... Si mi padre... Y dirigió una mirada hácia Guillermo, que dormia como un prior.

—¿Os causo miedo, por ventura? ¿Habeis olvidado ya las fiestas de Blois y á vuestro constante caballero?

María puso un dedo sobre sus labios con una gracia indecible.

—¡Oh! añadió el jóven. ¡Si supierais cuánto os amo! Pero no, nunca lo sabreis ni llegareis á creerlo, porque el amor de los hombres no tiene tanto poder. El cariño de un hermano á su hermana, el de un padre á su hija, la ardiente pasion de un amor delirante; todos estos sentimientos reunidos se funden en mi alma, que se abre para amaros... como no se ama en la tierra. Cuando os veo, se me figura que Dios ha hecho bajar junto á mí á uno de sus ángeles para consolarme. Lejos de vos... sufro todos los tormentos del infierno. ¡Ah! ¡Ten piedad de mí, jóven hermosa, y no rechaces mi amor! ¡Si supieras cuánto he sufrido! Aquí, añadió apretando convulsivamente su cabeza, hay recuerdos que matan. En otro tiempo era yo bueno; vivian en mi corazon altas y nobles aspiraciones: los hombres han destilado su veneno en mi alma y la han marchitado.

Y luego prosiguió como distraido:

—Hay páginas sombrías en la historia de mi vida. ¡Oh! Amame, te lo ruego, y tu amor las borrará. Tu amor será la prenda de mi perdon, la gota de rocío que cae del cielo sobre la frente del pecador.

Una inefable espresion de ternura y de piedad brilló sobre la púdica fisonomía de la jóven. Una sonrisa suave como la de los ángeles erraba sobre sus labios... alargó al desgraciado una mano temblorosa, y le dijo con un acento que parecia celestial:

—Renato, levántate.

—¡Y qué! ¿Qué hay? esclamó Guillermo despertando y frotándose los ojos: soñaba que veia á nuestro Enrique, que besaba su real mano, y... y... á fé que lloraba como una muger. ¡Por vida de!... Creo que he acariciado mas de lo conveniente á mi cubilete de hidromiel. Vamos, señora Marta; luces, que ya es tarde. ¡Eh! ¿Dónde estais? ¿Duermen todos aquí?

Los jóvenes, merced á este flujo de palabras poco habitual en el caballero, habian tenido tiempo para reponerse y ocultar su confusion. María tomó la bujía de manos de la vieja, y la presentó á su huésped, deseándole una buena noche: voto superfluo para el jóven héroe de aquella velada, que salió precedido de Marta, después de estrechar cordialmente la mano de Guillermo.

Renato de Moissac era un caballero jóven del Langüedoc, adicto pocos años habia al servicio de Enrique III. Pertenecia á una de esas familias de costumbres antiguas, en que el respeto y la adhesion al príncipe son virtudes tradicionales. Nacido con toda la imaginacion y el ardor que caracterizan á los hombres de origen meridional, estos sentidos debian adquirir en él un desarrollo rápido, y trasformarse en una especie de fanatismo. Así, cuando llamado á la corte, entró á servir en los guardias del rey, este príncipe, prendado de su presencia y de su valor, no tardó en apreciar aquel carácter, conociendo el gran partido que de él podia sacar. Las lecciones de Catalina no habian sido estériles para Enrique, y cuando los acontecimientos le obligaran á rodearse de hombres enteramente adictos á su persona, distinguió á Renato, para que formase parte de sus *Cuarenta y cinco*, tan tristemente célebres algun tiempo después. A esta adhesion ciega y absoluta, debió tambien el ser elegido para que aceptase, por celo, la sangrienta mision que Crillon rehusó por honor (1). Sin embargo, la influencia de las ideas de aquel tiempo acerca de los medios legítimos de desembarazarse de un enemigo poderoso, no habia conseguido acallar en él el clamor de la conciencia. El recuerdo de aquella terrible noche le perseguia hasta en sueños, y ocultaba con ahinco el papel que en ella habia representado.

Pero en la noche de que hablamos, sus lúgubres apariciones debieron desvanecerse ante los brillantes recuerdos que acababa de dejarle. Habia vuelto á ver á su María, á su ángel, á la amada de su corazon. Los luceros políticos, tan fatales para su señor, le habian conducido á su morada y habia oido de su boca la mas dulce declaracion. Así fué que toda la noche se convirtió para él en un paraíso de proyectos, y se durmió hácia el amanecer, sin reflexionar que nunca está el hombre mas cerca de la desgracia que cuando todo parece sonreirle.

El canto de los pájaros que revoloteaban junto á su ventana, le despertó. Avergonzado por haberse dejado dominar por el sueño, saltó del lecho y se vistió con premura. Uno de sus primeros cuidados fué abrir aquella ventana, por la cual penetraban los primeros rayos del sol de abril. Era una hermosa mañana de primavera, en que se respira nueva vida con las suaves emanaciones de una vegetacion renaciente. Todo anunciaba alegría, amor y felicidad en torno suyo. La vista de Renato erraba sobre los deliciosos encantos de las praderas que se ofrecian á sus miradas, cuando creyó distinguir en el recodo que formaba una senda, un contorno gracioso y femenino. Su corazon habia adivinado ya: era ella, era María, mucho mas seductora que el dia anterior.

La sencillez de su traje, sus magníficos cabellos, flotando en rizos sobre un cuello mas blanco que las margaritas del prado, todo aumentaba la magia de aquellos sitios en que aparecia como soberana.

Renato la contemplaba en éstasis silencioso, pero poco después desapareció la vision á la voz de su padre: el jóven tomó entonces el sombrero y la espada, y voló en su seguimiento. Antes de separarse de ella encontró medios de saber que por las tardes iba, únicamente acompañada de Marta, á la muralla que rodeaba la ciudad, y que hoy forma su mas vistoso paseo. Aquella tarde, que parecia no llegar nunca, llegó al fin, y exacto á la cita, con el corazon henchido de esperanza y de contento, no tardó en ver á la hija de Guillermo y á su inevitable compañera. Aprovechando entonces, á guisa de táctico hábil, la retirada del principal cuerpo de reserva, que prudentemente se mantenia á cierta distancia, entabló al punto su plática sobre un asunto agradable, como debe presumirse, á los dos paseantes. Las horas trascurren con rapidez y el crepúsculo llegó sin que Renato observase que hacia tiempo les seguian tres hombres embozados en capas negras, y uno de los cuales daba repetidas señales de impaciencia.

Si es cierto, segun el poeta italiano, que

.....Nessum maggior dolore,
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.....

tambien puede decirse que la mayor felicidad para dos amantes, es recordar sus primeras emociones.

De pronto, y como si saliese por arte de encantamiento del tronco de alguno de los árboles seculares que les daban sombra, apareció ante sus ojos una jóven.

(Continuará.)

(1) Véase la interesante obra de M. de la Saussaye sobre el castillo de Blois.

CUENTOS NORMANDOS

DE JUAN DE FALAISE.

Con este título apareció en 1842 un librito sumamente gracioso, cuyo descuidado autor lo dejó manuscrito en una librería normanda, sin cuidarse de su suerte. Vamos á reproducir uno de los cuentos que contiene, persuadidos de que esta muestra bastará para que nuestros lectores aprecien el mérito de la obra.

EL APRISCO.

Lucía terminó su oracion, se miró en el espejo, arregló sus cabellos y vino á pedirme el beso matutino, que estampé en su tersa y blanca frente. Después se apoyó en mi brazo con zalamería.

—Bajemos al cortijo, murmuró al mismo tiempo, y verás un magnífico queso de cabra.

Dejeme seducir, nos calzamos los zuecos, y como el tiempo no estaba seguro, cogimos ella la sombrilla y yo mi paraguas, y bajamos. Entramos en la lechería, y allí Lucía, ostentando sus riquezas, me obligaba á probar la sabrosa nata de todas sus vasijas, cuando oimos en la avenida el ruido de un carruaje; al punto volvimos á subir.

—Es nuestra buena tía de Bellesme, me dijo Lucía, corriendo á ayudarla á salir de la berlina, lo cual no dejaba de ser obra meritoria.

—Buenos dias, sobrino; buenos dias, sobrina; nos dijo mi anciana tía jovialmente. ¿Qué os parece mi sorpresa, hijos mios? He dejado mi partida de boston por ver cómo se vive hoy en el campo, y si las flores conservan siempre el color que tenian en mi tiempo.

—Par diez, tía mia; ya os haremos ver que aquí lo pasamos tan felices como siempre, y espero despertaros el deseo de que vengais con mas frecuencia á completar nuestra ventura.

Lucía se apoderó acto continuo de su brazo izquierdo y yo del derecho.

Siempre ha sido para mí la comida un asunto importante.

—Cuántas comidas haceis, tía mia?

—Yo... me contestó mirándome de hito en hito, hago las que todo el mundo... tres.

—¡Qué siglo, tía, qué siglo! esclamé dolorosamente: ha suprimido la mas alegre de todas, la deliciosa merienda.

—¡Bah! respondiome admirada. Si eso se hubiese hecho hace sesenta años, ¿adónde hubieran ido á parar tantas glorias gastronómicas y tantas agudezas, como por ejemplo, las del caballero de Boufflers?

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Lucía ignoraba afortunadamente quién fué el caballero de Bouflera; pero yo, viejo pecador, habia oido hablar de Alina y de otras muchas cosas, de modo que al punto comprendí que nos amenazaba una historia.

—Ya tenemos asunto para la velada, murmuré entre dientes, por larga que sea la de un dia de setiembre.

Lucía nos llevó otra vez al cortijo y al establo, donde un becerrillo que apenas podia sostenerse de puro gordo, mamaba á su madre, soberbio animal de la llanura de Caen, y alargaba hácia nosotros su hocico cubierto de leche. Mi Lucía se admiró de que mi tía no prorumpiese en esclamaciones de sorpresa, y la condujo hácia una barrera, desde donde vimos en la pradera seis vaquillas de Bretaña de mucho precio y muy abundantes de leche. Mi tía se manifestó mas fria con las vaquillas que con el becerro. Consternada la pobre Lucía se volvió hácia el aprisco, pero no bien asomó mi tía la cabeza á la puerta baja, cuando la retiró diciendo:

—¡Uf! ¡Qué horror! ¿Por qué no están lavadas y peinadas vuestras ovejas? ¿Cómo es que no llevan cintas al cuello? Sobrina mia, ¿y tu cayado?

Lucía la miraba sin pestañear.

—Esta es otra historia, dije en voz baja.

Entonces me tocó hacer los honores. Llevé á mi tia al jardin y la hice dar un buen paseo, pero ella se volvia siempre á mirar el parterre, hasta que habiendo visto una desventurada amapola, que en él habia crecido olvidada de todos, me dijo con acento de reconvencion:

—¡Ah, sobrino mio!... Una planta inútil...

—¿Cómo, tía mia?

—¡Una amapola en tu jardin!

(El Aprisco.)

Conocí que iba á enfadarse, y tomé el partido de arrancar la amapola, después de lo cual la pregunté el motivo de su enemiga contra aquella pobre flor.

—Mr. de Florian les ha declarado la guerra, me contestó muy serena.

—Tercera historia, murmuré sonriéndome.

Comimos á las dos, con arreglo á la laudable costumbre de mi tia, y habiéndome apoderado de un buen trozo de pierna de ciervo, pregunté á mi tia:

—¿Se comian crudas ó asadas las piernas cuando érais jóven?

—Cuando yo era jóven, respondió mi tia, habia otros manjares. ¡Ah! ¡Cómo han mudado los tiempos! ¡Cuando yo era jóven!... ¡Qué tiempo tan feliz! Supongo, sobrina mia, que habrás visto en Paris muchos cuadros de Boucher, de gran pintor que solo tuvo un rival.

La erudicion de Lucía se vió en un compromiso, porque yo no habia creido necesario enseñarla en el Louvre el *Viaje á Citeres*.

—Pues bien; ese pintor podria darte una idea de la época en que yo era jóven. A los quince años me presentaron á una muger encantadora, á una reina adorable. ¡Pobre reina!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de mi tia, y nosotros participamos de aquella emocion producida por un recuerdo.

—La reina tenia su quinta en el pequeño Trianon; un gentil-hombre de Mr. de Penthievre acababa de publicar la *Galatea*, y el placer triunfaba en los salones de Paris: habia un furor de pastores y de pastoras, del cual participaban los pintores, los poetas y los filósofos: los pastores eran poco rústicos, y las pastoras bastante desvergonzadas; pero aquella sociedad era deliciosa por su abandono. Yo era, sobrino mio, una hermosa pastora, rubia, fresca y risueña. Tu tio, que entendia bastante el arte de componer versos, y mandaba una compañía de dragones del regimiento de Penthievre, pidió mi mano. Juntos vivimos doce años; hemos sido felices, pero nunca he llegado á conocerle. Desde que brillaron los primeros dias de la revolucion, se reconcentró su carácter, y solo habló de ella con miedo. Después de la célebre procesion á Nuestra Señora, en la cual figuró como miembro de la nobleza, y yo entre las damas de la corte, me dijo:

—Mañana partiremos para nuestras tierras de Normandía, y allí vivireis á vuestro gusto.

—Muy bien, le contesté, así no abandonaré mis queridas ovejillas, y haremos vida de novios.

Se sonrió con estremecimiento.

La posesion de Aigneville dominaba un terreno delicioso, y entre dos colinas inmediatas que daban paso al camino de Argantan, se veia desde ella gran parte de la ciudad, que ostentaba con orgullo la cúpula de San German.

Reuní diez ovejas hermosísimas, púseles nombres, y las engalané con cintas de diferentes colores; en seguida me proporcioné un cayado y un sombrero de pastora, que me sentaba perfectamente con mi vestido corto y mi guardainfante.

Cierto dia vimos llegar á Mr. de Florian, á quien yo habia conocido en Paris, y tu tio en el regimiento de Penthievre. Pareciome desde luego algo cambiado, y que una sombra melancólica turbaba la tranquilidad de su rostro: tu tio lo condujo á su gabinete, y creo que allí hablaron de Paris y de los clubs. La frente del marqués se oscureció, y por último me dejó mi pastor. Entonces lo conduje á mi lecheria,

como lo habeis hecho vosotros conmigo, y después hice que se sentase en la pradera, en la cual pacia mi pequeño rebaño. Pareció hallarse satisfecho de su discípula, y me preguntó si no tenia algun jardinillo en el que yo misma cultivase la humilde violeta, que es la flor obligada de las églogas.

—¡Ah! No señor, le contesté tristemente.

—¿Ni poseeis algun pajarillo familiar que repita el nombre de vuestro amado?

—No, pero el padre de *Galatea* no se negará á concluir lo que ha empezado su hija.

Al dia siguiente envió Mr. Florian á Paris á su fiel Mercier con órden de enviarme dos canarios, á los cuales debia yo instruir con mi organillo. Y ¿á que no adivinais quién me los llevó? Pues fué el mil veces victorioso é ilustre caballero de Bouflers.

—Querido, dijo al marqués, ¿cómo quereis que os llamemos ahora que hay una ley que suprime la nobleza?

—Soy y seré siempre en mi casa el marqués de Aigneville, contestó tu tio.

—¡Ay amigo mio! ¡Cómo se fastidia uno en Paris! Todos se miran unos á otros como si no se conociesen, se reunen sin sonreirse, y se hablan sin confianza.

—Y se matan sin juzgarse.

—He dejado que me nombren individuo de los Estados generales, repuso Mr. de Bouflers, pero héme aquí de nuevo hecho un viajero; he detenido á Mercier, y me ha encargado de su comision para introducirme con vuestra Estela, Mr. de Florian.

Entonces nos entregamos á unos juegos encantadores; veíame obsequiada de dos hombres que debia envidiarme la Francia, y Mr. de Florian estudiaba en mis bosques un apólogo, así como Numa sacó una ley de su Egeria. Mr. de Boufler habia concluido ya un retrato al pastel cuando llegó el dia de cumpleaños de Aigneville.

Debíamos bailar sobre la yerba delante de la reja del parque. En efecto, después de vísperas se presentaron con sus pintorescos trajes los jóvenes de ambos sexos. Mr. de Bouflers tocaba perfectamente el sistro, y habiéndole rogado que lo hiciese para que bailásemos, puso por condicion de su tarea que daria un abrazo á todas las bailarinas.

Nunca se habia visto reunion mas alegre y bulliciosa, pero en medio de nuestra algazara se presentó el fiel Jazmin y se dirigió al marqués. Sobrino mio, ¿cómo llamas á tus criados?

—Federico, Bautista, Mateo... les damos los nombres que recibieron en el bautismo.

—Los nuestros se llamaban Laflor, ó bien Jazmin, Tulipan, etc.

—¿Y qué sucedio, tia mia?

—Inclinose Jazmin al oido de tu tio, y le dijo: Ocultaos, señor marqués, porque Artaud el carnicero y una partida de descamisados, os buscan.

El marqués contestó sin inmutarse:

—Que entren esos señores; les esperaba.

—Pero, señor marqués... esclamó Jazmin.

—Lo mismo es hoy que mañana, y doy gracias á Dios porque el peligro se me presenta sin rodeos.

Seis monstruos de horrible catadura aparecieron entonces entre nosotros antes que el caballero y Mr. de Florian comprendiesen el terror de Jazmin, la confianza del marqués, y la realidad de un peligro. El marqués los recibió con su acostumbrada cortesanía, lo cual no dejó de desconcertarlos.

—¿Qué se os ofrece, caballeros? les preguntó en seguida.

—Ciudadano marqués, contestó Artaud, venimos á prenderos á vos y á vuestra esposa, como sospechosos á la patria.

—¿Nada mas?

—El pueblo tiene hambre, y cogeremos las provisiones que se encuentran en vuestra quinta.

—¡Cómo! ¿Tambien mis ovejas? grité desesperada.

—Sí, ciudadana marquesa.

—¿Y nada mas? repuso el marqués con la mayor tranquilidad.

—La Francia está en peligro; nos apoderaremos de las armas y de los caballos.

—¿Y tal vez de los mios? preguntó con ira el caballero.

—La Francia está en peligro, repitió Artaud.

—Has de saber, palurdo, que soy miembro de la Constituyente.

—¿Quieres unir á él el de sospechoso?

Durante este diálogo el marqués se acercó á la puerta, y cortó la retirada á los descamisados: entonces sacó dos pistolas del bolsillo, y apuntando á Artaud y á uno de sus camaradas, les dijo:

—Ya veo que no valeis la mitad que los revolucionarios de Paris: el primero que se mueva, caerá muerto. Caballero, haced que ensillen vuestros caballos, y tambien dos de los mios.

El caballero me besó la mano, y salió diciendo:

—Voy á pedir al príncipe Enrique de Prusia el premio de todos mis madrigales. ¡Y no volví á verle!

—Mi querido Florian, dijo tu tio, hé aquí interrumpidos vuestros trabajos por unos pastores poco comunicativos.

Mr. de Florian me besó la mano, y contestó al salir:

—Voy á la sombra del parque de Sceaux y de mi compatriota Boissy de Anglas, á pasar, si me es posible, algunos dias tranquilos. ¡Y no volví á verle!

Jazmin me trajo entonces un caballo, tu tio montó otro, picamos, salimos á escape, llegamos á Boloña, y desde allí me hizo el marqués pasar á Inglaterra. ¡Y no volví á verle!

Así acabó la historia y la comida de mi tia: sus párpados se cerraron y conocimos que deseaba descansar.

Poseo una hermosa edicion del victorioso Bouflers: creyendo complacer á mi tia, la puse encima de la mesa de su cuarto, para que la leyese, si queria, después de su sueño.

Al dia siguiente fui á saludarla; pero... habia partido ya, dejándome sobre la edicion de Bouflers un billete concebido en estos términos:

«Sobrino mio: has de saber que si me es permitido conservar un »recuerdo del caballero que contribuyó á amenizar los mas bellos »dias de mi juventud, nada tengo que hacer con sus obras.»

—¿Qué es lo que has hecho? me preguntó Lucía.

—Una necedad que voy á reparar hoy mismo.

—¿Cómo?

—Remitiendo á mi tia las preciosidades pastoriles y morales de Mr. de Florian.

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO III.

EL JARDIN Y EL RIO.

Desde la casa misteriosa en que dejamos á Peralta vamos á trasladarnos á los jardines del soberbio alcázar de Sevilla, fábrica de los reyes moros de aquella riquísima ciudad, restaurada por el rey cristiano D. Pedro I de Castilla, llamado *el Cruel* y *el Justiciero*, sin duda porque de ambas cosas tuvo en no corta cantidad. No vamos á pisar las cámaras que oyeron los amorosos ayes de Doña María de Padilla y los gritos de desesperacion de Doña Aldonza Coronel, ni el patio en que resonó el postrer ¡ay! del valeroso D. Fadrique; aunque frescas estarian aun las manchas de la noble sangre del Maestre; pues aunque reinaba ya en Castilla un nieto del matador del rey D. Pedro, solo habian pasado treinta y dos años desde la noche de Montiel. Nos contentaremos con penetrar en aquellos jardines que apenas marchita el invierno, y que viste la primavera de gayas flores y de charolado follaje.

En un precioso cenador de la mas rica arquitectura árabe, estaba una muger hermosa, con esa hermosura peculiar á las mujeres de Sevilla. Tez nacarada y trasparente, como las conchas de las perlas; ojos negros, grandes y rasgados; cabellos negros y lustrosos como el ébano pulimentado; nariz correcta; labios ligerísimamente abultados y tan rojos como el granate; cuello torneado; talle esbelto; cintura delgada, y unos piés y manos tan pequeños como los de una niña de diez años. Esta muger estaba vestida con tanto lujo como elegancia, aunque no lucia sus adornos, porque la cubria un tupido manto que la resguardaba del frio y la humedad de la noche. Contaria esta hermosa criatura diez y ocho primaveras, menos perfumadas que su aliento, y se llamaba Doña Flor, nombre que estaba en consonancia con su peregrina hermosura.

Poco distante de la jóven estaba su completo contraste, ó lo que es lo mismo una dueña de cincuenta y cinco años cumplidos, y que habia gozado el poco envidiable privilegio de haber tenido los quince feos, contra el adagio castellano. Esta dueña era la misma que entregó la llave al embozado de la plaza de la Catedral, y tenia por nombre el de Beatriz, nombre que han llevado muchísimas dueñas españolas.

Ya hemos dicho que la hermosa jóven se llamaba Doña Flor; pero hemos callado su apellido; y como lo llevaba muy ilustre, ni ella tenia motivo de ocultarlo, ni es justo que por mas tiempo lo ignoren cuantos se entretengan con esta historia. Se llamaba pues Doña Flor Ponce de Leon, y era hija de D. Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, alguacil mayor de Sevilla, y alcaide de sus dos alcázares. Es decir, que era la princesa del pequeño reino que se habia formado el alcaide á la sombra de los disturbios de Castilla.

Todos comprenderán que la hija de D. Pedro Ponce de Leon, dotada de tan peregrina belleza, tendria pretendientes á millares; y así era la verdad, pues todos los mas ilustres caballeros de Andalucía se disputaban el honor de presentar sus homenajes á los piés de

la hermosa hija del poderoso señor de Marchena, otros castillos y lugares. Pero lo que todos no sabrán es, que cuantos finos y obsequiosos amantes se habian presentado en la palestra habian recibido lo que hoy se llaman calabazas, y no sabemos cómo se llamaria entonces; aunque opinamos que no debe haber cambiado nombre, porque seria imposible encontrar otro mas adecuado y mas insípido.

Esta resistencia de la jóven á entregar su blanca mano daba lugar á cien mil conjeturas y no menor número de hablillas, tan contradictorias y absurdas como lo son siempre las del vulgo. Decian unos que su desmesurado orgullo la hacia creerse superior á cuantos codiciaban su mano, aunque pertenecieran estos á las primeras familias de la comarca. Sostenian otros que su mucha piedad la inclinaba á tomar el hábito de religiosa, y que estaba resuelta á dejar el mundo, en que tanto podia brillar, por el claustro en que podria rogar á Dios. Aseguraban los terceros que la detenia al pié del tálamo un voto hecho por su difunta madre, no se sabe con qué motivo; y no faltaba quien murmurase que algunos amores ocultos, quizás desiguales, eran el *quid* de la dificultad. Los que han visto á la buena dueña entregar la llave al embozado serán de esta última opinion, y quizás estén en lo cierto, por aquella horrible sentencia de *piensa mal y acertarás*, que si mucho corre de boca en boca, aun corre mas de pensamiento en pensamiento.

Sin añadir ni una palabra que tenga que ver con Doña Flor ni con la respetable dueña, vamos á seguir al embozado, que luego que dejó á Beatriz, se encaminó hácia el rio; ese Guadalquivir famoso, sierpe de plata que se duerme en los campos de Andalucía. Cruzó calles y callejuelas con paso rápido, pero firme, y luego que llegó á las márgenes del rio, empezó á buscar con cuidado una barraca de pescador, que debia serle muy conocida, porque dió con ella á pesar de la oscuridad de la noche. Sin tomarse la incomodidad de anunciar su llegada, dando algunos golpes á la puerta, la empujó con ruda violencia, haciendo saltar el débil pestillo de madera que la sujetaba, y se encontró en el interior de la sucia barraca, que alumbraba un candil de gruesa mecha, y en cuyo centro estaba un hombre mal vestido y de mirada torva, y una mujer, digna compañera del hombre, que le vendaba un brazo herido. Este hombre era el barquero Fortun, á quien vimos entre los grupos de la plaza de la Catedral, y poco después espada en mano contra el alcaide de Sevilla.

La manera de presentarse el recien llegado pareció algo inoportuna al barquero, que á pesar de su brazo herido puso mano á un hacha de armas que pendia de un perno de hierro; mas apenas el embozado descubrió el rostro, cuando Fortun arrojó el hacha lejos de sí y se inclinó con las mayores muestras de respeto.

—¿Qué tienes en ese brazo, Fortun? preguntó El Caballero, pues él y no otro era quien habia salvado la vida á Don Pedro.

—Señor, una herida que me he hecho esta tarde con las astillas de un remo roto: repuso el barquero con la mayor tranquilidad.

—¿De modo que no podrás remar esta noche, y tendré que dirigirme á otro barquero?

—Esta herida es un arañazo y no me impedirá remar: dijo el barquero queriendo disimular así la gravedad de la estocada.

—Pues, si te encuentras con tanto vigor, á la barca: replicó Don Ramiro, haciendo un ademan de mando, tan imperioso como lo eran siempre los suyos.

Fortun no dió lugar á que le repitieran la órden; se bajó la manga de la camisa, se puso una especie de chaqueton, que lo resguardara de la humedad, precaucion que tomaba sin duda por su herida, y salió detrás de El Caballero.

No invirtió mucho tiempo Fortun en preparar su barca, y luego que D. Ramiro entró en ella, le preguntó sumisamente:

—¿Hácia donde bogo, señor?

—Rio arriba, inclinándote á la márgen derecha: dijo solamente El Caballero.

El barquero siguió la órden, y aunque su herida le impedia bogar bien contra la corriente, no tardaron mucho en ganar una respetable distancia, y á la misma poco mas ó menos de ambas márgenes.

—Boga solamente lo necesario para que no perdamos terreno: dijo D. Ramiro á Fortun.

El barquero obedeció la órden, alegrándose de tener algunos momentos de descanso.

—Ahora presta atencion á cuanto te diga, añadió El Caballero.

—Ya escucho, respondió Fortun, deseoso de saber el motivo de tan estraña conferencia.

—No ha trascurrido media hora desde que dos bandidos trataron de asesinar, en la plaza de la Catedral, á D. Pedro Ponce de Leon, alguacil mayor de Sevilla.

El barquero hizo un movimiento de sorpresa, pero recobrándose al momento, dijo:

—Buen negocio para el señor conde de Niebla y sus amigos de Sevilla.

Don Ramiro lanzó al barquero una mirada de desprecio, y como no si no hubiera oido su observacion, prosiguió con tranquilo tono y reposado continente.

—El uno de los dos bandidos cayó muerto de una estocada que le atravesó el corazon, y el otro...

—¿Y el otro? preguntó Fortun por un movimiento involuntario.

—El otro huyó con una estocada en un brazo, de poca gravedad por cierto.

—En un brazo, repitió el barquero como hablando consigo mismo.

—En un brazo, añadió D. Ramiro poniendo su mano sobre la herida de Fortun y apretándosela hasta obligarlo á lanzar un grito espantoso. El Caballero prosiguió:

—Ese grito, muy semejante al que lanzaste cuando recibiste la herida, acaba de probar que eres el bandido que escapó con vida, Fortun.

—Señor, murmuró el barquero aterrado y queriendo encontrar escusas.

—No te afanes por disculparte. Esa herida, sus antecedentes y sus consecuencias son cuentas que no tienen que ver conmigo, y que ajustarás tarde ó temprano con el alcaide de Sevilla. Yo, partidario de Guzman, no debo vengar los agravios hechos á Ponce de Leon, y por lo tanto, nuestra cuenta se reduce á una sola partida. Quiero *comprar*, y entiende bien la palabra, quiero *comprar* un pergamino que has recibido...

Fortun tembló de piés á cabeza, y se apresuró á interrumpir á El Caballero.

—Señor, estais equivocado. No he recibido ningun pergamino, y...

—Ese pergamino contiene la órden de asesinar al noble alcaide, dijo D. Ramiro con frialdad.

—¿Cómo lo sabeis? preguntó Fortun, sin calcular la importancia de tal pregunta.

—Poco importa el modo, Fortun, cuando te pruebo que lo sé. Pídeme por ese pergamino.

—No lo entregaria por todas las riquezas que guardaba el rey D. Pedro en la torre del Oro.

—¿Temes comprometer el nombre del sugeto que lo ha firmado?

—Temo perder un talisman que conservará mi cabeza largo tiempo sobre mis hombros.

—Te engañas lastimosamente. Ese pergamino podrá hacer que ruede otra cabeza sobre el cadalso, pero no impedirá que caiga la tuya á su tiempo.

El barquero se quedó pensativo, y comprendió que D. Ramiro discurria con mucha razon.

—No perdamos tiempo, y fija precio á ese importante pergamino; insistió El Caballero.

—No puedo entregarlo, señor: repuso el barquero, no sabiendo cómo salir del compromiso.

D. Ramiro tenia todo el aplomo del hombre que está decidido á emplear cuantos medios dulces sean imaginables; porque está resuelto tambien á apurar los mas violentos si es preciso; y volviendo á colocar su mano sobre la herida de Fortun, le preguntó con afable tono:

—¿Crees que un hombre que sabe cuanto yo te he dicho, y que necesita ese pergamino, no tendrá medios de arrancarlo de tus manos algo mas penosos para tí que los que estoy usando?

Fortun se convenció ó aparentó quedar convencido de una razon, que verdaderamente tenia fuerza; se pasó la mano por la frente, y respondió resueltamente:

—Estoy pronto á entregaros el pergamino, si me ofreceis no hacer uso de él en mi daño.

—Te lo prometo, repuso El Caballero; é inmediatamente añadió:

—Fija la cantidad que quieres por ese precioso talisman.

—Ninguna, señor: os lo doy generosamente.

—Gracias, Fortun, dijo D. Ramiro, y tendió la mano en ademan de recibirlo.

El barquero viró en redondo, manifestando claramente que trataba de cambiar de rumbo.

—¿Adónde vamos? preguntó D. Ramiro, estrañando este movimiento.

—A mi barraca, en donde guardo el talisman que he de poner en vuestras manos, respondió el barquero agitando los remos.

—Espera y vuelve á virar en redondo.

Fortun obedeció sin replicar.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para bajar y volver á este sitio? preguntó El Caballero.

—Un cuarto de hora para bajar, y media hora para subir, respondió el barquero.

—No puedo perder tanto tiempo. Atraca á la orilla derecha.

El barquero obedeció la nueva órden sin pronunciar una palabra, y á los tres ó cuatro minutos se encontraban en un remanso que ba-

ñaba los muros de los jardines del alcázar. Pegado á estos muros se veia una especie de embarcadero abandonado y una puertecilla secreta, por la cual huyó D. Pedro el Cruel de su hermano Enrique, cuando lo sitiaba en Sevilla, llevándose aquellas riquezas guardadas en la torre del Oro, que segun Fortun, no bastaban á pagar el pergamino, y que sin embargo, fuéron la admiracion de la corte de Eduardo, príncipe de Gales, conocido con el sobrenombre de *El príncipe Negro*. D. Ramiro saltó al derruido embarcadero, y arrojando á los piés de Fortun una bolsa llena de doblas de oro, que mas parecia el precio del fatal pergamino que la recompensa del servicio que le estaba prestando el barquero, le dijo:

—He dado crédito á tu palabra, como pudiera darlo á la del mas cumplido caballero, y empiezo por recompensarte: espérame aquí hasta que vuelva, y no te separes de tu barca aunque tarde toda la noche.

—Así lo haré, respondió Fortun, recogiendo la pesada bolsa.

Don Ramiro se aproximó á la puertecilla del muro, aplicó á la cerradura la llave que le habia entregado la dueña, la puerta giró, no sin trabajo, sobre sus enmohecidos goznes, y El Caballero se encontró en los deliciosos jardines del regio alcázar de Sevilla.

Apenas habia cerrado D. Ramiro la puerta tras sí, cuando Fortun empujó su barca hácia la corriente del rio, y sin acordarse de su herida, agitó los remos con tal fuerza, que la frágil navecilla, ayudada de la corriente, volaba como una saeta, dejando una estela brillante que se distinguia perfectamente en la oscuridad de la noche.

Cuando el barquero llegó á su choza lo estaba esperando un caballero embozado en una ancha capa, y que daba claras señales de impaciencia.

(Continuará)

Juan de Ariza.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—Mas íntima y secreta
la plática fué luego,
labrada mi deshonra
por siempre reputé.
Los celos me abrasaban
con su terrible fuego;
con ímpetu diabólico
la puerta abrí, y entré.

—Y era un error tan solo,
no es cierto, padre mio?
Inés dijo al anciano;
pero él no la escuchó:
su aspecto estaba grave,
meditador, sombrío,
y en tono indiferente
así continuó:

—El viento que zumbaba
desolador en tanto,
comunicando entonces,
la luz raudo apagó:
un grito dió María
que denotaba espanto,
grito que mas mi saña
diabólica escitó.

Armada ya la diestra
de vengador acero,
entre tinieblas lóbregas
avanzo sin temer;
toca la aguda punta
un débil ser, le hiero,
y siento sangre tibia
mi mano humedecer!

—Ah! gritó Inés entonces
con voz tan elocuente,
que al desgraciado padre
tocó en el corazon:
alzose él de la silla,
y asiéndola la frente
con ambas manos, dijo
suspenso:
—Es ilusion?
María!... sí, María,
vives!... oh! bien lo veo;
y yo que te lloraba
perdida!...
—Qué decis?
Soy yo, padre querido,
vuestra Inés...
—No lo creo;
yo escuché su voz triste,...
mentís, sombras, mentís!...

Cayeron luego aplomo
sus brazos adelante,
su encanecida barba
contra el pecho apoyó;
sin ver, su vista fija
miraba penetrante,
y abatido por último
su asiento recobró.

—¿Y después, padre mio?
Deciais...
—Sí, decia...
—La sala estaba á oscuras...
—Ah! ya...
—La historia...
—Sí.
Del rayo la luz pálida
brilló fugaz, sombría:
junto á tu madre exánime
durmiendo, Inés, te ví.

No estaba satisfecha
del todo mi venganza,
y á tí, ángel inocente,
furioso me lancé.
«—Piedad! gritó tu madre:
fuerte mano me afianza
entonces .. Tú llorabas
y sin saber por qué.

«—Amigo!» á mis espaldas
funesta voz profiere.
«—Pérfido, me vendias»,
mi labio contestó:
«defiéndete cobarde!»
«—No me defiendo, *hiere*,
» *pero escúchame al menos.*»
Don Iñigo esclamó.

«—Qué mas quieres que sepa
» de tu perjuro labio?»
le dije: «qué mas quieres,
» amigo desleal?»
«—*No aguardes que ofendido*
» dé agravio por agravio,
» que ya el mayor de todos
» causado he por mi mal.

«Daré á tu injusta queja
» satisfaccion cumplida;
» daréla, sí, mas ora
» cálmate por favor:
» de tu esposa inocente
» salva, Martin, la vida,
» sálvala, ó será eterno
» después tu torcedor.»

Dijo, y con paso breve
salió del aposento;
yo contigo y María
quedé en la oscuridad:
la vida que empezaba
con plañidor lamento,
la muerte silenciosa,
y allá... la tempestad.

«—Óyeme, esposo mio,»
con voz tenue, profunda,
dijo tu madre: «óyeme,
» siento llegar mi fin!
» condéname si quieres,
» mas tu rigor no cunda,

»por Dios, á nuestra hija,
»radioso serafin.

»Óyeme... aunque poseo
»la noble paz del alma
»para subir tranquila
»de Dios á la mansion,
»no quiero que te robe
»mi muerte dulce calma,
»no quiero que en mi tumba
»demandes tu perdon.

»Yo te perdono!... escucha
»la ronca voz del trueno;
»es de Dios que me llama
»la poderosa voz:
»dentro de breves horas
»reposaré en su seno,
»delante de él te juro...»
«—Calla! grité feroz.

»No profanes sacrílega
»su sacrosanto nombre,
»cuando la muerte pálida
»minando está á tus piés.»
«—No temo ya tus iras,
»mas oye, aunque te asombre,
»la suerte que preparo
»á mi querida Inés.

»Si atravesando el piélago
»del mundo borrascoso,
»llegan sus dulces gracias
»á hermosa juventud,
»con sangre de Don Iñigo,
»en himeneo dichoso,
»quiero mezcle la suya
»salvando mi virtud.

«Esta es, Martin, la escusa
»que doy en mi defensa;
»este mi último voto,
»mi estrema voluntad;
»si acaso no la cumples,
»celosa de mi ofensa,
»vendré yo á reclamarla
»desde la eternidad!...»

. . . . . .

De lúgubre silencio
siguiose breve instante,
la jóven comprimia
su viva exaltacion;
la imágen de Ricardo,
fantástica, brillante,
sus ojos cruzar vieron
el gótico salon.

Los trémulos sollozos,
no mas contener pudo,
que á su garganta opresa
volaban en tropel;
Martin la contemplaba
inexorable, mudo,
como contempla el náufrago
su ya roto bajel.

—Llora, sí, hija querida,
dijo al fin el anciano,
dichoso el que en sus penas
puede al menos llorar!
el llanto no es consuelo
que viene de lo humano,
es la lluvia que acalla
del piélago el bramar.

Llora una madre pura
por mí sacrificada
en aras de terrible,
cruel fascinacion:—
si no me hubiera sido
la realidad mostrada,
bastárame á creerlo
su noble abnegacion.

Un lance de amoríos
que poco te interesa,
y que plugo á Don Iñigo
sagaz oscurecer,
fué causa de que huyendo
veloz de una sorpresa,
en otra mas terrible
viniese allí á caer.

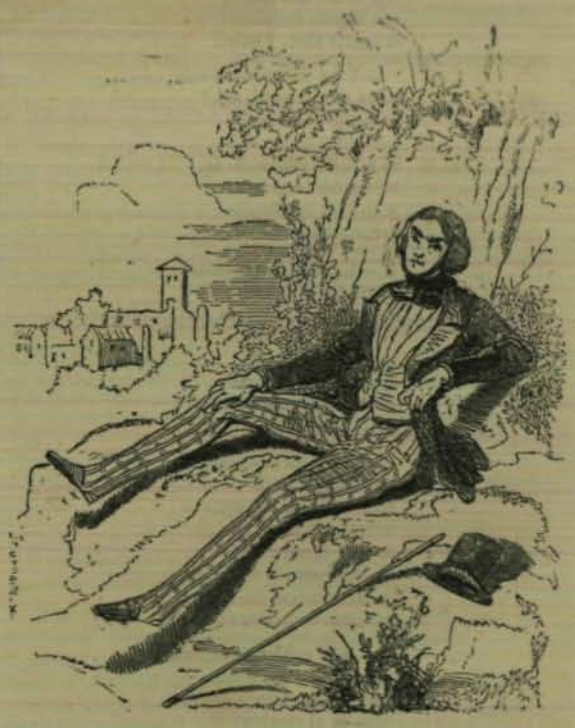
Por no dar á su esposa,
que amaba con ternura,
disgusto tan odioso,
ni al mundo que decir,
huyó favorecido
por la tiniebla oscura,
vió aquel balcon abierto,
y osó por él subir:

Pues vió la sombra mia
no lejos dibujarse,
y uno de sus contrarios
al pronto me juzgó,
y antes que con mi encuentro
llegar á delatarse,
asaltando mi casa
librarse prefirió.

—Fué bárbara imprudencia,
dijo Inés.
—Sí, lo creo!
Afortunadamente
nadie le llegó á ver,
y aunque de horrible crimen
por él me hiciera reo,
mi honor y el de tu madre
logré á salvo poner.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.



(La dulce holganza.)

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.